ha trabajado, no solo revisando, completando y reescribiendo el texto, sino también añadiendo capítulos y apartados nuevos, constituye, en definitiva, una aportación llamada a dejar huella. De hecho, a los pocos meses de su publicación ya tuvo lugar un simposio en torno al libro que ha sido publicado en la revista *Pro ecclesia*, en un número monográfico (2019 [28/4]) con artículos firmados por A. Louth, K. Anatolios, J. Behr, A. Hofer, B. Dunkle y P. Gavrilyuk, además del propio B. Daley. La vuelta a la gran tradición cristológica aparece, así, como una luz que ofrece esperanzas de una nueva revitalización del quehacer teológico y patrístico.

Miguel BRUGAROLAS

Bruno OGNIBENI, *Stendi su di me il tuo mantello. Il matrimonio secondo l'Antico Testamento*, Assisi: Cittadella Editrice, 2021, 689 pp., 15 x 22, ISBN 978-88-308-1780-7.

El profesor Bruno Ognibeni publicó en 2007 un libro sobre «El matrimonio a la luz del Nuevo Testamento» (Lateran University Press, Roma) que viene ahora a completarse con este, sobre el matrimonio en el Antiguo Testamento, en un interesante recorrido que ha partido de lo Nuevo para, desde ahí, visitar las raíces de lo Antiguo.

La estructura del nuevo libro del profesor Ognibeni podría considerarse plenamente «canónica» (él habla de «un plan expositivo de tipo literario, renunciando a un plano histórico [...] o sistemático»: 14). La exposición se articula en seis partes. Comenzando por los relatos del origen (pp. 27-103), se sigue con las «Costumbres y Leyes» (pp. 105-288), a continuación las «Palabras proféticas» (pp. 189-416), luego las «Palabras de Sabiduría» (pp. 417-505), a continuación los «Cantos» (Salmos y Cantar de los cantares) (pp. 507-551) y por último los «Relatos» (en particular, Rut, Ester y Tobías) (pp. 553-618). Se termina el libro con una «Conclusión general» (pp. 621-644) y un «Postfacio» del profesor Pierangelo Sequeri.

Como se ve, se trata de un recorrido literario sólido, que va del Pentateuco a los Profetas y la Sabiduría (según el esquema del canon hebreo) tratando aparte Salmos, Cantar de los cantares y algunos libros narrativos que a juicio del autor son más relevantes (los antes mencionados).

Desde la admiración por el trabajo inmenso y erudito, y también desde el acuerdo fundamental en cuanto a los criterios interpretativos expuestos en la introducción, hay en esta magna obra algunas cuestiones de fondo sobre las que querría abrir una discusión. Para no alargarme, me limitaré a señalar tres que considero de especial relevancia.

En primer lugar, con respecto al «ideal monogámico» que preside los textos de Gn 1–2, Ognibeni se pregunta: «¿Debemos interpretar este hecho [de que Adán tenga una sola mujer] como pronunciamiento ideal a favor de la monogamia?». Y responde: «Dudo a la hora de atribuir al autor sacerdotal una intención de este tipo, considerando que Jacob, el antepasado epónimo de Israel, tuvo dos mujeres, Lea y Raquel, más sus respectivas esclavas y concubinas. A ello se añade el hecho de que la ley de Moisés admite la poligamia, no como regla, pero sí como excepción tolerada» (p. 92). Ognibeni reconoce enseguida que la exégesis que Cristo hace de estos pasajes va en el sentido «monogámico» (Mc 10,6-7 y Mt 19,4-5), pero considera que es una lectura que no tiene en cuenta el sentido pretendido por el autor sacerdotal. Que no se trata aquí de una cuestión menor, lo sabe el mismo Ognibeni, que da una importancia clave a estos relatos del origen (tienen un «*manifiesto valor fundante*») (p. 624). Lo que de ellos se pueda recabar, resultará decisivo en una cuestión tan grave como esta de la «monogamia».

De otra parte, nuestro autor no acaba de decidirse tampoco del todo, y en p. 155 dice que sí, que en estos textos se describe un estado «idealmente monogámico». Pero luego añade, enseguida, en la misma página, criticando la tesis de Borgonovo, que la idea de un «principio monogámico» propio de Israel le parece un postulado teológico y no una realidad que se pueda documentar históricamente. ¿Qué decir sobre esto?

En primer lugar (y dejando aparte al «autor sacerdotal»), la cuestión clave es lo que dicen los textos de origen (Gn 1–2) que se sitúan en esa posición privilegiada y fundante de ser «anteriores a la culpa» (Gén 3). Que después Jacob o Moisés tengan que vérselas con situaciones de poligamia, no resta valor a lo que estaba «en el principio» y que adquiere por ello en la Biblia valor decisivo y único. En este sentido, me parece que el principio exegético del Nuevo Testamento («en el principio no era así»: Mt 19,8) sigue teniendo plena validez y que los argumentos de Ognibeni no afectan al «ideal monogámico» presentado en Gn 1–2.

De otra parte, no deja de ser llamativo que Ognibeni no reflexione (ni aquí, ni en el capítulo dedicado a la poligamia) (pp. 145-155) sobre Gn 4,19.

Se trata del nacimiento de la poligamia: Lamec se convierte allí en el primer polígamo (casado con Ada y Sila). El texto bíblico es muy significativo porque resalta de modo claro la violencia vinculada con esta práctica que inicia un descendiente de Caín (ver el canto de Lamec: Gn 4,23-24, dirigido a sus dos mujeres). El propio Ognibeni menciona, de otra parte, la postura de un estudioso como Angelo Tosato (poco sospechoso de introducir visiones «teológicas» o «tendenciosamente cristianas» del matrimonio en los textos bíblicos del AT) que veía en Gn 2,24 no solo una costumbre, sino incluso el reflejo de una norma monogámica. En fin, volviendo para terminar sobre los dos argumentos de Ognibeni, diré lo siguiente. Que el redactor nos cuente el doble matrimonio de Jacob no implica que lo apruebe. No olvidemos que el segundo matrimonio es el resultado de un engaño y es además fuente de disputa y violencia en las propias relaciones, tal y como nos las describe el propio redactor. De otro lado, que la ley de Moisés permita «como excepción tolerada» la poligamia, no dice nada en contra del «ideal monogámico». Por ejemplo, Dt 23,19 afirma que no se puede llevar al templo «salario de perro», es decir, «dinero de prostituto». Al reconocer su existencia, ¿lo acoge como parte de una práctica serenamente aceptada? De ninguna manera. Que el legislador establezca leyes para regular algo (como ciertos casos de poligamia) no implica que acepte o bendiga esa práctica. No puedo aquí extenderme más sobre este particular para el que me permito remitir a mi libro *El camino del hombre por la mujer. El matrimonio en el Antiguo Testamento* (Estella: Verbo Divino, 2014).

En segundo lugar, si pasamos al ámbito de las «Costumbres y leyes», me parece que Ognibeni usa un modo de razonamiento jurídico que no se adapta del todo bien a la lógica del texto bíblico. Pondré un ejemplo. En p. 154 Ognibeni afirma que la ley de Dt 22,28-29 prevé la poligamia. Se trata de una ley que obliga al violador a casarse con la joven virgen violada. Si el violador es un hombre casado, argumenta Ognibeni, la ley le obligará entonces a tomar otra mujer y estará forzado a la poligamia. Pero, con ello, Ognibeni está empleando un argumento «ex silentio» que es siempre delicado y con mucha frecuencia inconcluyente. El legislador claramente no quiere afrontar la casuística. Por ejemplo, si esa joven virgen violada fuera la hermana del violador (no es un caso raro, ver 2 Sam 13), ¿el legislador le obliga a casarse con ella de por vida? Claramente, no. Aun así, para convencernos, Ognibeni sigue diciendo que las leyes medioasirias prevén penas tanto para el violador casado como para el célibe. ¿Por qué el Deuteronomio no hace esta distinción? El Deuteronomio está en una conversación silenciosa con los códigos legales contemporáneos del

Medio Oriente. Pero lo está en forma (no siempre especificada) de rechazo, confirmación y corrección. El argumento del paralelo con normas de otros códigos del entorno cultural de Israel debe suscitar ante todo la pregunta de si el texto bíblico rechaza, confirma o corrige esa otra norma (y Remi Brague en su obra *La ley de Dios* ha mostrado hasta qué punto es original el Antiguo Testamento en su concepto de «ley» con respecto a lo que encontramos en el entorno egipcio o mesopotámico). Es solo un ejemplo de un modo de razonar a partir de «silencios» del legislador bíblico, que se intentan rellenar frecuentemente con paralelos de textos legales del entorno de Israel, pero muchas veces domesticando así el texto bíblico a lo que se encuentra en dicho entorno.

En tercer lugar, en cuanto al tratamiento del Cantar de los cantares, me sorprende que Ognibeni no afronte el hecho extraordinario de que en este poema una amada y un amado (no varios) canten su amor, y que se insista repetidamente en la «unicidad» (cfr. Ct 6,9; también 2,2-3.16; 6,3; 8,6). Más aún, Ognibeni parece sugerir (530) que en realidad la «amada» sería una mujer más (la favorita, eso sí) de un gran harén (el de Salomón). Esta interpretación está fuera de lugar. El texto alude a las concubinas y muchachas innumerables, precisamente para decir que la amada es «única». La comparación de Ct 6,8-9 se dirige a resaltar la exclusividad de la amada. Usarla en sentido contrario (para insistir en el harén al que ella debería pertenecer), es perder radicalmente el punto. De otra parte, me parece que hace falta cerrar los ojos para negarse a ver la correlación entre el Cantar de los cantares y Gn 2. Sobre todo teniendo en cuenta que estamos ante un texto literario, más aún, un texto poético, hecho de alusiones y referencias veladas. Me parece decisivo el vínculo simbólico del «uno y una» unidos por su mutuo amor (monogamia) en el jardín del Cantar y en el del Edén.

En definitiva, como se ve, hay puntos importantes en que disiento de la visión general que ofrece el libro de Ognibeni sobre «El matrimonio según el Antiguo Testamento». Esto no obsta para reconocer que se trata de un texto enormemente valioso, que se convertirá en un referente irrenunciable sobre el tema. La lectura de Ognibeni, no hay duda, es provocativa, evita los lugares comunes, niega lo obvio y se arriesga a explorar caminos interpretativos nuevos. Quizás, en ocasiones, cae en el prejuicio de no querer tener prejuicios. Es decir, que para no proyectar una visión excesivamente teológica y/o cristiana, me parece que en ocasiones renuncia también a reconocerla cuando dicha visión es reconocible en el texto y, en ocasiones incluso, salta a la vista.

Carlos GRANADOS